

LO BÁRBARO EN LA LITERATURA ROMANA: ENTRE SALVAJISMO Y VIRTUD

Francisco José Morales Bernal

ESCIPIÓN: Admitámoslo, pero ¿fue Rómulo rey de un pueblo bárbaro?

LELIO: Si, como dicen los griegos, todos los hombres son griegos o bárbaros, me temo que fuera un rey de bárbaros; mas si lo de bárbaro debe decirse por la manera de vivir, y no por el idioma, no creo que los griegos sean menos bárbaros que los romanos.

Este fragmento de la *República* de Cicerón¹ muestra a las claras una de las acepciones típicas del concepto de «bárbaro»: el de aquel que se rige según otra manera de vivir, otras *mores*, otras costumbres, otra cultura, en fin, que implícitamente se considera inferior². Se puede decir que tres son las dimensiones que confluyen –eso sí, de forma muy genérica y difusa, y nunca con pretensión científica– en la idea de lo *barbarum* en la literatura latina: la geográfica, la política y la cultural. Por supuesto, las tres a menudo se dan de manera simultánea, y a veces resulta difícil desgajar unas de otras, como en este pasaje de la oda 5 del libro tercero de las *Odas* de Horacio (vv. 5-12)³:

¹ 1.58.13-17.

² La consideración de los romanos como «bárbaros» por parte de los griegos, como en el texto de Cicerón citado, es referida en varios lugares de la literatura romana. Quizá el más llamativo sea el fragmento de Catón el Censor transmitido por Plinio (*Historia natural*, 29.14): «A propósito de los griegos esos diré en su lugar, Marco, hijo mío, lo que en Atenas tengo averiguado y lo que de su cultura es bueno consultar, no aprender a fondo. Conseguiré probar que la de ellos es una raza muy perjudicial e ignorante. Y créete lo que dice un adivino: siempre que la raza esa ofrezca sus escritos, corromperá todo, y todavía más si ello implica a sus médicos. Se han juramentado para matar con la medicina a todos los bárbaros, pero eso lo hacen cobrando para tenerlos confiados y aniquilarlos con facilidad. También a nosotros nos llaman bárbaros».

³ No es extraña esta polisemia en Horacio. Así en la duodécima de las odas del libro cuarto leemos *barbaras regum libidines* (7-8), «los bárbaros deseos de los reyes», donde con una preciosa hipálage se evidencia la pluralidad del término: la lujuria de Tereo es bárbara por impía y excesiva (cf. Lactancio, *Sobre las muertes de los perseguidos* 38.3: «Bajo esta monstruosidad, la integridad de la pudicia no subsistió, excepto allí donde la marcada fealdad mantenía alejada la lujuria bárbara»), bárbara por ser de gobernantes bárbaros, siendo como era Tereo rey de Tracia, región a menudo considerada de bárbaros (cf. Tito Livio, *Historia desde la fundación de la ciudad*, 39.28.9; 40.3.4), y bárbara también por ser propia de reyes (irremediablemente el mito de Tereo y Procne recuerda al relato de Lucrecia).

¿Ha vivido acaso el soldado de Craso como marido deshonorado, junto con una esposa bárbara y ha envejecido el marso y el ápulo —¡oh curia y costumbres pervertidas!—, entre las armas de sus suegros, nuestros enemigos, bajo un rey medo, sin acordarse de los escudos sagrados, ni de su nombre, ni de la toga y de la sempiterna Vesta cuando incólumes eran júpiter y la ciudad de Roma?

Quizá sea la acepción geográfica la más evidente, pues «bárbaro» es todo aquel que vive más allá del *limes* (traducido normalmente como «frontera»), y «barbárico», todo aquel territorio situado a ese otro lado. Son las *externae gentes*⁴. Es una acepción muy cercana, por lo tanto, al concepto de «extranjero», cosa muy común en la literatura latina⁵; fácil fue que se deslizara, en no pocas ocasiones, hacia el concepto de «enemigo»⁶. Ocurre, empero, que esa línea divisoria, esa frontera, es dinámica, voluble, y varía a lo largo de los siglos, toda vez que dependía del espacio efectivamente romanizado y civilizado (con todos los matices que se quiera)⁷, y a medida que el territorio dentro de los *limites* iba creciendo, más se asociaba al bárbaro con la hostilidad del propio entorno natural⁸.

Por su parte, la dimensión política de lo bárbaro viene referida a su no sujeción a la administración e instituciones romanas —incluyendo la forma de gobierno y la organización económica y hasta religiosa— de las *gentes barbarae*, que a menudo, como se refleja en el anterior pasaje de Horacio,

estaban sometidas a la autoridad de reyes (conocida es la intolerancia romana hacia

⁴ Augusto, *Hechos del divino Augusto* 1.13-15: «Hice a menudo la guerra, por tierra y por mar. Guerras civiles y contra extranjeros, por todo el mundo. Y, tras resultar victorioso, concedí el perdón a cuantos ciudadanos solicitaron gracia. En cuanto a los pueblos extranjeros (*externas gentes*), preferí conservar a destruir a quienes podían ser perdonados sin peligro»; Veleio Patérculo, *Historia romana* 2.119.1: «Intentaremos narrar en orden esta calamidad tan atroz, una pérdida para los romanos más grave entre los pueblos extranjeros (*externis gentibus*) que ninguna desde la derrota de Craso contra los partos, como otros lo han hecho en tratados adecuados».

⁵ Por citar solo algunos ejemplos: Salustio, *Guerra de Yugurta* 18.11.1; César, *Guerra de las Galias* 4.10.4.3-5.1; Virgilio, *Églogas* 1.1.71; Horacio, *Odas* 2.6.3, 2.19.17, 3.5.6, 3.27.66; Propertio 3.3.45, 3.8.31; Tibulo 1.7.28; Ovidio *Tristezas* 3.1.18, 3.3.46, *Epístolas desde el Ponto* 3.324; Tácito *Historias* 3.5.3; Marcial *Libro de los espectáculos* 1.1.

⁶ L. GRILLO, *The Art of Caesar's Bellum Civile: Literature, Ideology, and Community*, Cambridge and New York, Cambridge University Press, 2012, p. 106 ss. Un punto de inflexión para considerar al bárbaro como enemigo fue la invasión de Breno del 390 (cf. F. MARCO SIMÓN, «*Feritas celtica*: imagen y realidad del bárbaro clásico», en F. GASCÓ LA CALLE- E. FALQUÉ REY (coords.), *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad clásica*, Sevilla, UIMP, Sevilla, 1993, p. 149).

⁷ Preciso es señalar aquí que esos *limites*, que en un principio estuvieron muy vinculados a la acción colonizadora y a las actividades agrarias de la República, adquirieron el matiz militar que hoy nos es familiar solo con el devenir del tiempo, principalmente a partir de la época de los flavios (F. J. GUZMÁN ARMARIO, *Romanos y bárbaros en las fronteras del Imperio Romano según el testimonio de Amiano Marcelino*, Madrid, Signifer, 2006, p. 24).

⁸ F. J. GUZMÁN ARMARIO, «*Ammianus ad-versas externae gentes*: la geografía del Barbaricum en Amiano Marcelino», *Espacio Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua*, 12 (1999), pp. 217-228 (220-227).

la monarquía después del último Tarquinio) y tiranos. En su discurso *Contra Pisón*⁹, Cicerón declara con vehemencia:

Cuando el Senado había decidido declarar duelo y expresar su dolor mudando por una vestimenta de luto, cuando tú veías que la República (*res publica*) lloraba con la tristeza del orden más ilustre, —¡oh, misericordioso!—, ¿qué haces tú? Lo que ningún tirano (*tyrannus*) ni siquiera en tierra bárbara (*barbaria*). Omito el hecho de que un cónsul (*consul*) promulgara un edicto para que no se obedeciera el decreto del Senado (*senatus*): nada más repugnante que esto puede llevarse a cabo o tan siquiera concebirse.

La vinculación de *barbaria* y *tyrannus* y la contraposición con *res publica*, *consul* y *senatus* es evidente¹⁰.

Como consecuencia de todo lo anterior, deviene la otra significación —la más pertinente para nosotros— que adquiere lo bárbaro frente a lo romano, la significación cultural. En la raíz de esta oposición se encuentra, como herencia de la cultura griega, la lengua; de sobra es conocido. Pero hay más. Para el romano (el romano culto) el bárbaro y lo bárbaro son contrarios al cultivo del espíritu, del estudio y del arte. De ahí la noción negativa del bárbaro, respecto a los cuales, por cierto, no se escatima en estereotipos: los persas son impíos¹¹; los britanos, espantosos¹²; los germanos, salvajes¹³; los púnicos, pérfidos¹⁴; los celtíberos, repugnantes¹⁵; los libios, incultos...¹⁶

El ser bárbaro —en su conjunto y más allá de esos estereotipos regionales— implica, pues, ser ignorante, no solo en el sentido de «no instruido», «no cultivado», sino rozando incluso la estulticia. Pistoclero en las *Báquides* de Plauto espeta a Lido: «Oh, Lido. Eres un bárbaro. Yo te creía mucho más sabio que Tales, pero eres más necio (*stultior*) que un niño bárbaro, tú, que tan viejo como eres ignoras los nombres de los dioses»¹⁷. En la música lo bárbaro provoca disonancia: «con horrible son aullaba la bárbara flauta»¹⁸. Es también lo opuesto a la mesura y la cordura, y Ovidio hace equivalentes los términos *demens* («loca») y *barbara*: «¿Quién no me gritó “¡loca!”? ¿Quién no me llamó “bárbara”?»¹⁹.

Pero es Cicerón quien marca especialmente esa oposición entre lo romano y lo bárbaro. Sin temor a equivocarnos, la *barbaria* o *barbaries* es todo lo contrario a la *humanitas* —de la que el arpinate es el máximo exponente— con todas las implicaciones, no solo intelectuales, sino también

⁹ 17.2-9 (8).

¹⁰ Cf. Cicerón, *Filípicas* 13.18.1-3: «¿Acaso en cualquier tierra bárbara existe un tirano tan abominable, tan cruel como Antonio, rodeado en esta ciudad con armas de bárbaros?»

¹¹ Catulo, *Poesías* 90.4.

¹² Ib. 11.11-12.

¹³ Horacio, *Epodos* 16.7.

¹⁴ Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* 21.4.9.2; Marcial, *Epigramas* 4.14.1-5.

¹⁵ Catulo, *Poesías* 39.17-21.

¹⁶ Salustio, *Guerra de Yugurta* 18.1.1.

¹⁷ I.II.121-124.

¹⁸ Catulo, *Poesías* 64.264.

¹⁹ *Amores* 1.7.19.

morales, que conlleva. Todo lo bárbaro es *immane* («desmesurado»)²⁰, *contumeliosus* («denigrante»)²¹, *dissolutum* («disoluta»)²² y, lo que es más revelador, *imperitum* («ignorante»)²³ y –en las antípodas de la célebre sentencia terenciana– *inhumanum* («inhumano»)²⁴. Nótese que muchos de estos términos latinos se componen mediante prefijos (*in-*, *dis-*...) que señalan «lo que no es», «lo opuesto»: *imperitus* contra *peritus*, *humanus* frente a *inhumanus*. Cultura y humanidad (o humanismo) frente a incultura e inhumanidad.

No se nos debe escapar que si la *humanitas* va de la mano de las virtudes morales, de la nobleza y de la grandeza de espíritu²⁵, indefectiblemente la *inhumanitas* ha de acarrear vileza y maldad, rasgos propios de la barbarie. Muy elocuente es el pasaje de las *Filípicas* ciceronianas donde se enumeran una tras otra, como si fueran sinónimos, las cualidades criminales de Dolabela y Antonio: «He aquí un par igual en su vileza, inesperado, inaudito, feroz, bárbaro»²⁶.

El divorcio entre *barbaria* y *peritia* lo encontramos también en los dos grandes conocedores de los pueblos no romanos: Tácito señala el desconocimiento de los bárbaros sobre artes (entendidas en el sentido clásico de «técnicas») de guerra: «No hay nada que los bárbaros ignoren tanto como los ingenios y astucias del asedio, mientras que esa parte del arte militar para nosotros resulta sumamente familiar»²⁷; se habla aquí, pues, de impericia técnica, de falta de conocimiento, estudio y desarrollo tecnológico. Y como *barbaros* e *imperitos* (con el significado de «inexpertos») cali-

fica Julio César a los galos que se enfrentaron a Ariovisto²⁸, descrito este también como «un hombre bárbaro, iracundo, temerario»²⁹ y quien, sin embargo, más adelante³⁰ manifiesta a César «no ser tan bárbaro ni desconocedor de las cosas» (*non se tam barbarum neque tam imperitum esse rerum*), en un contexto más cercano, no tanto al de la pericia y dominio de un arte, como al conocimiento histórico y político.

Como en Cicerón, en el general romano el carácter incivilizado del bárbaro queda claro también en la utilización del término *ferus*, que remarcan la condición asalvajada de su naturaleza³¹: así, la *feritas* (también *ferocitas* y *ferocia*) se opone a la *humanitas* como la *barbaries* a la *romanitas*.

²⁰ *De su casa* 140.8-9.

²¹ *Filípicas* 3.15.1.

²² *Contra Verres* 2.5.148.7-8.

²³ *Orador* 3.223.4.

²⁴ *Contra Verres*, 2.3.23.10.

²⁵ Afirma Cicerón en una carta a su hermano Quinto: «¡Cuánto más valiosas deben ser esas mismas bondades en este individuo, cuando van aumentadas por la cultura literaria, la conversación y la humanidad, cualidades que superan a esos mismos beneficios prácticos!» (*Epístolas a familiares* 16.16.2.3-4); y en otra a Ático, en la que se lamenta de la muerte de Lucio Cornelio Léntulo (*Epístolas a familiares* 4.6.1.1-2): «Lógicamente padezco la pérdida de Léntulo como corresponde. Hemos perdido a un hombre bueno y gran persona, de ánimo eminentemente noble y que estaba templado por una profunda humanidad».

²⁶ 11.2.1-2. Cf. Cicerón, *Filípicas* 13.21.1-2: «¿Quién ha sido jamás tan bárbaro, tan desmesurado, tan feroz?».

²⁷ *Anales* 12.5.10-12.

²⁸ *Guerra de las Galias* 1.40.9.1-2.

²⁹ *Ib.* 1.31.13.1.

³⁰ *Ib.* 1.44.9.2-3.

³¹ *Ib.* 1.31.5.2-3 y 1.33.4.1-2.

Por otro lado, existe otro tipo de oposición entre lo romano y lo bárbaro, y es el contraste entre homogeneidad y heterogeneidad. Julio César, al comienzo de la *Guerra de las Galias*³², hace notar esta distinción propia de las naciones bárbaras frente a la uniformidad (supuesta o no) de lo romano: «Todos estos se diferencian entre sí en lenguaje, costumbres y leyes». Es necesario aclarar esto, pues cuando hablamos de «lo romano», nos referimos, habitualmente y salvo alguna excepción, a una suerte de élite cultural, o bien perteneciente, o bien vinculada (como los libertos que ejercían la docencia para las clases altas o algunos de los poetas –humildes en su origen– protegidos por Mecenas), a la aristocracia o, al menos, a la clase más acomodada, que se percibe a sí misma como representación única de la *romanitas*³³ y que es ajena a otras realidades sociales existentes dentro del mundo romano:

Hacia el 200 el imperio estaba gobernado por una aristocracia de una cultura, gusto y lenguaje sorprendentemente uniformes. En Occidente la clase senatorial se había mantenido como una élite tenaz y absorbente que dominaba Italia, África, el Mediodía francés y los valles del Ebro y del Guadalquivir; en Oriente, toda la cultura y el poder locales habían permanecido concentrados en las manos de las orgullosas oligarquías de las ciudades griegas. (...) Esta sorprendente uniformidad era mantenida por hombres que percibían oscuramente que su cul-

tura clásica existía solo para excluir las posibles alternativas a su propia realidad (...). Un aristócrata podía trasladarse de un foro a otro –que conservaban entre sí una similitud tranquilizadora– hablando un lenguaje uniforme, y observando ritos y códigos de comportamiento compartidos por todos los hombres educados; pero su camino se abría paso a través de territorios poblados de lugareños que eran para él tan ajenos como un germano o un persa³⁴.

Es decir, paralelamente, dentro de las propias fronteras del ámbito romano entendido desde una perspectiva histórica, este ambiente cultivado y artístico coexistió con un entorno rural e inculto, tan *imperitus* como el bárbaro. Cuando Cicerón habla aquí de una *imperita multitudo* y de un *conventus agrestium*, más que en bárbaros, tan *imperiti* –insistimos– como aquellos, está pensando en la masa iletrada que habita dentro de los confines del territorio dominado por Roma:

Y puesto que no hemos de pronunciar este discurso ni ante una muchedumbre ignorante ni en alguna reunión de rústicos, discutiré con un poco más de audacia lo que concierne a los estudios

³² Ib. 1.1.2.1-2.

³³ Símaco, *Epístolas* 1.52: «Me alegra no menos que mi discurso te haya complacido, dado que, además, lo escuchó ese sector superior de la humanidad que es el Senado».

³⁴ P. BROWN, *El mundo de la Antigüedad tardía: de Marco Aurelio a Mahoma*, Barcelona, Taurus, 2021, p. 32.

humanísticos, que tanto a mí como a vosotros resultan conocidos y placenteros. Sabed, jueces, que en Marco Catón estas nobles y distinguidas virtudes que vemos como divinas y egregias son inherentes a él; todas ellas, las que en tantas ocasiones buscamos, proviene no de la naturaleza, sino del maestro³⁵.

Del anterior pasaje se colige también otro aspecto de la *barbaries*: si la *humanitas* no viene dada tanto de la naturaleza (*natura*) como de la educación (del *magistro*), lo bárbaro es consecuencia de la ausencia de esta última³⁶. No podemos evitar acordarnos de aquella bella idea isocrática sobre el mundo heleno: lo griego no está en la sangre, sino en la educación (en la *paideia*)³⁷:

Esta transfiguración de la noción de educación, tan humilde en sus orígenes, también se refleja sobre el plano colectivo, ¿qué es lo que configura desde entonces la unidad de aquel mundo griego, dilatado hasta la dimensión de la *οἰκουμένη* del «universo habitado» (se sobreentiende, por hombres dignos de tal apelativo, por hombres civilizados)? Menos que nunca importa la sangre: Isócrates ya lo había sugerido, pero ello cobra mayor acento de verdad en la época helenística, cuando el helenismo incorpora y asimila tantos elementos de origen extranjero, ¡iranios, semitas, egipcios! Tampoco la unidad política, que casi no logró sobrevivir a la muerte de Ale-

jandro: no puede ser otra cosa que el hecho de comulgar con un mismo ideal, con un mismo pensamiento concerniente a la finalidad esencial del hombre y a los medios de alcanzarla, en una palabra, la comunidad de civilización, mejor dicho, de cultura³⁸.

Cierta equivalencia (con numerosos matices, eso sí) existe entre aquella concepción ecuménica del mundo griego con la consideración de Roma como agente civilizador, como «educador», como *magister* de los pueblos bárbaros³⁹. Romanizar supone educar, civilizar y humanizar, pero también homogeneizar:

Una tierra que es nodriza y madre de todas las tierras, elegida por la providencia de los dioses para llevar a cabo lo más glorioso, unir imperios, moderar los ritos, atraer hacia sí en mutua comprensión por la comunidad de lenguaje las lenguas discordantes y sal-

³⁵ *En defensa de Murena* 61.1-7.

³⁶ Una idea similar encontramos en Séneca precisamente a propósito de los bárbaros (*Sobre la ira*, 2.15.1: «las almas de naturaleza fuerte y robusta, antes de ser domesticadas por la disciplina, se inclinan a la ira»).

³⁷ Isócrates, *Panegírico* 50.

³⁸ H.-I. MORRAU, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Akal, Madrid, 2004, p. 120.

³⁹ M. J. HIDALGO DE LA VEGA, «Ecumenismo romano entre utopía y realidad», *Studia historica. Historia antigua*, 26 (2008), pp. 47-62 y J. R. CARBÓ GARCÍA-M. J. HIDALGO DE LA VEGA, «El ecumenismo romano en la época de Trajano: espacios de inclusión y exclusión», *Ibid.*, pp. 63-86.

vajes de muchas naciones, ofrecer al hombre humanidad (*humanitas*), y en una palabra llegar a ser a lo ancho de todo el mundo la simple patria de todos los pueblos.⁴⁰

Tanto es así, que el distanciamiento de Roma supone irremediablemente la pérdida de educación, de cultura e incluso de pureza lingüística, y es por eso por lo que Ovidio se disculpa por su latín, más imperfecto desde que está en tierra bárbara: «Si acaso algo parece no dicho en buen latín, la tierra en la que escribía era bárbara»⁴¹.

Entonces, ¿ser bárbaro significa irremediablemente ser inculto, inhumano, salvaje, impetuoso e inexperto y, en consecuencia, ha de ser despreciado o rechazado, a ojos de un romano cultivado al menos, todo comportamiento, rito, idea, costumbre, norma o forma de ser que caiga en la categoría de *barbarum*? No necesariamente. No todo es negativo en la visión de la gente bárbara. O no del todo. Dejemos aparcadas las visiones negativas y los estereotipos del *barbarus* y ocupémonos ahora de la otra cara de lo bárbaro, de aquello que se ve casi (y a veces sin «casi») como virtud.

La propia desmesura inherente a lo bárbaro, hace que el término encuentre cabida en la intensificación lírica. Alguna vez el sentimiento amoroso y el erotismo se ha representado como bárbaro, es decir, como apasionado y fuera de toda medida y moderación, como en estos bellos versos de Horacio⁴²:

No, si me escuchas bien, no esperes que esos dulces besos, que Venus ha imbuido con una quinta parte de su propio néctar, sigan hiriéndote siempre de manera tan bárbara (*barbare*).

Hay que tener en cuenta, no obstante, que aquí Horacio habla de un rival amoroso: el concepto es interpretable, pero no podemos resistirnos a la posibilidad de entender ese *barbare* como metáfora del apasionamiento erótico mediante una imagen de una apabullante modernidad.

Pero es en el ámbito militar donde tiene mayor cabida la consideración positiva —llegando incluso al elogio— para con el bárbaro. Nepote, justo antes del comienzo de la vida de Dátames dice: «Ahora paso a referirme al hombre más valiente y de mayor astucia de entre todos los bárbaros, con excepción de dos cartagineses, Amílcar y Aníbal»⁴³. Precisamente quizá sea Aníbal el personaje que más de continuo se desplaza en la literatura romana entre esos dos planos: una y otra vez los autores latinos lo describen como un general brillante, virtuoso por su valor y pericia en el combate, pero sin olvidar nunca que pertenece a la *barbaria*⁴⁴. Sirva de ejemplo una parte del soberbio retrato que del cartaginés hace Tito Livio:

⁴⁰ Plinio, *Historia Natural* 3.5.39.

⁴¹ *Tristezas*, 3.1.17-18.

⁴² *Odas* 1.13.1.

⁴³ *Vida de Timoteo* 5.1.

⁴⁴ Silio Itálico, *Púnica* 16.17-22 (cf. Marcial *Epigramas* 14.1-5); Marcial, *Epigramas*, 13.73.1-2

Era, con mucho y al mismo tiempo, el mejor soldado de caballería y de infantería; el primero en marchar al combate, el último en retirarse una vez comenzada la lucha. Las virtudes tan grandes de este hombre se contrapeaban con defectos muy graves: una crueldad inhumana, una perfidia peor que púnica, una falta absoluta de franqueza y de honestidad, ningún temor a los dioses, ningún respeto por lo jurado, ningún escrúpulo religioso. Con estas virtudes y vicios innatos militó durante tres años bajo el mando de Asdrúbal, sin descuidar nada de lo que debiera hacer o ver quien iba a ser un gran general⁴⁵.

En otras ocasiones esta alabanza a la capacidad guerrera de los bárbaros no va referida solo a personajes individuales, como Aníbal o Amílcar. Tácito en su *Germania* hace una descripción de los pueblos que habitan dicha región, pudiéndose vislumbrar incluso cierta admiración por algunos rasgos de su cultura⁴⁶. Primeramente, esa *feritas* antes aludida y percibida como síntoma de salvajismo, rudeza e impericia, aquí se entiende como *virtus*, como valor en el campo de batalla:

En el campo de batalla es vergonzoso para el jefe verse superado en valor (*virtute*) y vergonzoso para la comitiva no igualar el valor (*virtutem*) de su jefe. Pero lo infame y deshonoroso para toda la vida es haberse retirado de la batalla sobreviviendo al propio jefe; el principal deber de fidelidad consiste

en defender a aquél, protegerlo y añadir a su gloria las propias gestas: los jefes luchan por la victoria; sus compañeros, por el jefe⁴⁷.

Esta imagen enlaza a la perfección con el célebre verso horaciano, epítome de los valores militares romanos: «dulce y honorable es morir por la patria»⁴⁸. No es de extrañar, pues, la mirada aquiescente de Tácito, quien en otro lugar⁴⁹ nos dice:

El haber abandonado el escudo es la principal vergüenza (*flagitium*), y al que ha cometido tal afrenta no se le permite asistir a los actos religiosos ni participar en las asambleas: muchos supervivientes de las guerras pusieron fin a su infamia ahorcándose.

¿Cómo, después de leer esto, no acordarse de los relatos sobre el valor y los escudos de los laconios que Arquíloco parodió? En lo literario el pueblo bárbaro, como el espartano o el griego de la cultura homérica, es orgulloso y arrojado, una gente que, por no caer en vergüenza, antepone la gloria y la fama militar a la pro-

⁴⁵ *Historia de Roma desde su fundación* 21.4.8-10.

⁴⁶ Varias son las teorías acerca de la intencionalidad de la obra, desde las que la consideran una obra moralista hasta las que la conciben como una advertencia ante el peligro que suponen los pueblos germanos (J. M. REQUEJO, *Tácito: Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*, Madrid, Gredos, 1981, pp. 109-111).

⁴⁷ *Germania* 14.1.

⁴⁸ *Odas* 3.2.13.

⁴⁹ *Germania* 6.6.

pia vida⁵⁰. Son cualidades admirables pero que también invitan a la preocupación, pues no deja de ser un pueblo extremadamente belicoso en las fronteras del imperio.

El bárbaro, en esta visión en cierto modo benigna, es además ajeno e inmune al lujo, a la ostentación y a la usura: «Desconocen el ejercer el préstamo y el aumentarlo hasta la usura, y así se mantiene tal situación mejor que si estuvieran prohibidos»⁵¹. Y en otro lugar:

Su posesión y uso no les afecta como a otros: es cosa de ver el que las vasijas de plata, dadas como regalo a sus embajadores y jefes, son tenidas en la misma poca estimación que las hechas de tierra. Aunque los más cercanos a nosotros, y debido al tráfico comercial, tienen aprecio al oro y la plata, y conocen y prefieren ciertos tipos de nuestra moneda⁵².

Y siguiendo el hilo de la última frase, Tácito sentencia: «Ahora también les hemos enseñado a aceptar el dinero»⁵³.

Dos asuntos cabe tratar aquí. El primero es que la proximidad a los romanos en cierto modo corrompe el modo de vida de los bárbaros germanos, incentivándolos a una apetencia por el dinero que no les es propia. Y el segundo parte de una cuestión: ¿esta visión de Tácito, en la que se adivina una contraposición con el mundo civilizado de su época, responde precisamente a esa intención o necesidad de señalar la decadencia romana de su tiempo y la incipiente amenaza bárbara, o an-

tes bien, es esta una idea arraigada desde antiguo en el pensamiento latino y aparece aquí como un elemento retórico más, casi como un *topos* literario? La respuesta, seguramente, sea la supresión de la disyuntiva y es muy probable que ambos enunciados sean verdaderos (no hay que olvidar que Tácito escribió sobre historia pero también sobre oratoria). Desarrollemos este punto. Es cierto que en ocasiones, se ha interpretado la *Germania* como una contraposición de los pueblos germanos frente al declive político y moral de Roma del que el historiador fue testigo, una Roma abandonada a la indolencia y desentendida de los antiguos valores que la hicieron grande⁵⁴; pero más allá de una crítica velada a una situación coyuntural, ¿podemos efectivamente encontrar en otros lugares de la literatura latina esa noción del bárbaro, virtuoso en el combate por su arrojo y valentía, y que está despreocupado, por otro lado, del lujo y de las riquezas superfluas? En Julio César, a quien Tácito cita expresamente, hallamos al comienzo de la *Guerra de las Galias*⁵⁵ su celeberrimo pasaje, traducido por innumerables estudiantes de latín durante siglos:

⁵⁰ Cf. E. R. DODDS, *Los griegos y lo irracional*, Madrid, Alianza, Madrid, 2024, pp. 41-72.

⁵¹ *Germania* 26.1.

⁵² Ib. 5.4.

⁵³ Ib. 15.3.

⁵⁴ G. WALSER, *Rom, Das Reich und Die Fremden Volker in der Geschichtsschreibung der Fruben Kaiserzeit: Studien zur Glaubwürdigkeit des Tacitus*, Baden-Baden, Verlag für Kunst und Wissenschaft, 1951.

⁵⁵ 1.1.3.1-4.2.

Los más valientes de todos son los belgas, porque viven muy alejados de la cultura (*cultu*) y humanidad (*humanitate*) de nuestra provincia; y muy rara vez acuden a ellos los mercaderes e importan aquellas cosas que tienden a afeminar (*effeminandos*) los ánimos; y son los más próximos a los germanos, que moran a la otra parte del Rin, con quienes traen continuamente guerra. Por esto también los helvecios aventajan a los demás galos en valor (*virtute*).

Hemos traducido deliberadamente *cultus* por «cultura» y *humanitas* por «humanidad». Remarcamos también el gerundivo *effeminandos*, del verbo *effeminare*, literalmente «afeminar», entendiéndolo en el sentido que ofrece el diccionario de nuestra RAE de 2001: «Hacer que un hombre pierda la energía atribuida a su condición varonil» (no olvidemos que estamos ante un texto del siglo I a. C.). Es decir, aquí *effeminare* equivale, *grosso modo*, a «debilitar». No es cuestión baladí, pues si César utiliza ese verbo, que comparte raíz con *femina*, «mujer», es porque su efecto se opone a la *virtus*, que aparece al final del fragmento y que habitualmente traducimos como «virtud» o «valor», pero que en realidad proviene de la misma raíz que *vir*, «hombre», «varón», por lo que el significado esencial de la *virtus* sería «aquello que es connatural al hombre», «lo varonil»⁵⁶. No es necesario desarrollar más la idea, pero vemos que tan solo contraponiendo las raíces semánticas de *effeminare* y *virtus* se puede entender un aspecto fundamental del pensamiento romano.

Mas volvamos a lo dicho en la totalidad del texto: estos bárbaros, los belgas, poseen la virtud de ser *fortissimi*, «los más valientes», «los más fuertes», precisamente por ser los más remotos a la provincia romana (la Galia Narbonense), y los menos sujetos a la influencia de la *humanitas* y, por lo tanto, de la *romanitas*, de lo que se colige que su fortaleza proviene de su *feritas* y, en consecuencia, de su *barbaries*. César señala así implícitamente que estos pueblos dejarán de ser un peligro en el momento que pasen a ser romanizados, perdiendo de esta manera su ferocidad. Pero además, como haría Tácito años después, vincula el interés por el lujo y el comercio con el debilitamiento de ese espíritu bélico que los belgas cultivaban mediante la guerra con sus vecinos germanos.

El desarrollo cultural, pues, junto con la afición por el lujo, el dinero y el comercio que la civilización y la paz impulsan, tiene la contrapartida de la pérdida de espíritu guerrero y, desde esta perspectiva, es lógico considerar positivamente lo bárbaro. Esta misma idea, hacer del bárbaro ardor guerrero virtud, la encontramos en otros historiadores:

Todo habría estado perdido, si no hubiese surgido Mario en aquella época; él mismo, sin atreverse aún a al enfrentamiento, retuvo en ese instante a sus soldados en el campamento, hasta que se debilitara aquella rabia invencible y el ímpetu que los bárbaros tienen por virtud.⁵⁷

⁵⁶ En *virtus*, pues, confluyen la ἀρετή y ἀνδρεία griegas.

⁵⁷ Floro, *Epítome* 1.38.

E incluso los poetas se sirven de esta «virtud bárbara» creando imágenes de elevada afectación retórica:

Entonces, con su pie resbalando en la sangre caliente de sus hermanos, Vé-sulo fue decapitado por una espada veloz, y –¡ay, bárbara virtud! (*heu barbarā virtus*)– su casco con la cabeza cortada en su interior voló, como un proyectil, contra la retaguardia de los hombres que huían.⁵⁸

También en los autores de literatura técnica podemos encontrarnos la *virtus barbarorum*:

Italia, situada entre el norte y el sur, posee medidas e insuperables cualidades por la mezcla de ambas partes. Con prudentes decisiones supera las fuerzas (*virtutes*) de los pueblos bárbaros y con sus armas vigorosas reprime las astucias (*cogitationes*) de los pueblos del sur⁵⁹.

Significativo es cómo se contraponen las *virtutes* (que hemos traducido por «fuerzas») de los bárbaros nortños a la astucia insidiosa (*cogitationes*) de los pueblos sureños⁶⁰.

Este lugar común –a la vista de su uso extendido en la literatura romana, parece plausible considerarlo como tal– se puede hallar también con algunas variaciones, como en esta anécdota sobre Agesilao:

Cuando estos le entregaron, bajo mandato del rey, lo que llevaba, él, salvo la ternera y algún otro plato de comida, que las circunstancias exigían, no quiso

aceptar nada; los perfumes, las coronas y los postres los dispuso en la mesa para sus esclavos, ordenando que lo demás se lo llevaran de nuevo. Este hecho hizo que los bárbaros les despreciaran más aún, pues pensaban que había preferido elegir aquellas cosas porque no sabía apreciar la calidad de los buenos manjares.⁶¹

Aquí los protagonistas están trastocados, pues ya vimos que no todos los bárbaros son iguales: es una constante en la percepción de los romanos que los pueblos bárbaros de Europa y de las zonas nortñas en general (galos, germanos, britanos...) son más predispuestos a la guerra⁶² y, por consiguiente, están más cercanos a la virtud guerrera derivada de la *feritas*, que los bárbaros más orientales (egipcios, medos, hircanos, árabes⁶³...), más dados al lujo y a la molicie. De ese modo, en el texto de Nepote los bárbaros egipcios (máxime desde el punto de vista de Agesilao, un griego) representan una barbarie que es ajena incluso a la virtud guerrera y, de la misma manera que la *humanitas* puede adquirirse cultivando el estudio, también la

⁵⁸ Silio Itálico, *Púnica* 10.145-148.

⁵⁹ Vitruvio, *Sobre la arquitectura* 6.1.11.

⁶⁰ Ib. 6.1.10: «Los pueblos que habitan las regiones frías están mucho mejor dotados para la fuerza de las armas, carecen de temor y tiene gran valor (*magnis virtutibus*) pero, por su torpeza intelectual, se lanzan sin estrategia y sin ingenio y en sus empresas son rechazados».

⁶¹ Nepote, *Vida de Agesilao* 8.4.1-5.3.

⁶² Véase la nota 60.

⁶³ Cf. Catulo, *Poesías* 11.5.

feritas —que se podría decir que deriva de la *inhumanitas*, pero aquí en buen sentido— puede alcanzarse mediante el modo de vida adecuado, como por ejemplo, estar en continua guerra con los pueblos vecinos, tal cual ocurre entre belgas y germanos. La ausencia de actividad bélica conlleva, por lo tanto, pérdida de valor y aptitud para la guerra, así como la carencia de estudio lleva a la ignorancia.

En definitiva, todo este repaso —breve e incompleto, pero creemos que significativo— nos puede dar idea de en qué consistía el concepto de lo bárbaro en la literatura romana. Y queremos insistir en esto último: todo lo visto es una caracterización literaria, puede que incluso cultural, pero que no tiene por qué corresponder a una realidad histórica. Dilucidar este punto sería tarea del estudio historiográfico, antropológico o etnográfico, no del literario ni del filológico. Pero este recorrido por los textos sí que nos sirve para ver a través de los ojos con que los autores latinos veían a los bárbaros y su mundo, con todo lo que de impostura y retórica pudiera haber. El bárbaro provoca a la vez admiración y rechazo. Y seguramente por los mismos motivos: rechazo porque representa todo aquello que va en contra de la ilustración y paz romanas, y admiración porque en ellos adivinan el valor y la austeridad que consideran motores del desarrollo político, militar y moral de los pueblos.

Es una dualidad en constante oposición: la romanización, heredera del antiguo ecumenismo isocrático de los helenos, conlleva civilización, culturización,

humanización, homogeneización y —tal vez sea esto lo más fundamental de todo— pacificación. Quedan abolidas así la ferocidad, la ignorancia, la impericia, la barbarie y la guerra, pero a costa de un precio: el deterioro de los antiguos valores favorece peligrosamente la inclinación a la molicie, el lujo, la corrupción y, finalmente, el debilitamiento. Se entiende así la mirada, a medio camino entre la nostalgia y la preocupación, de Tácito, cuando ve en los germanos, ese pueblo bárbaro, las cualidades que hicieron grande a Roma. Pero, a la inversa y en paralelo, el pago para que una cultura como la romana llegue precisamente a las cotas de un autor como Tácito, es ese: el cultivo de la retórica, la poesía, y la oratoria; el estudio de la ciencia y la filosofía; el avance del comercio y de la técnica; el desarrollo del derecho... La tentación de caer en la indolencia y la despreocupación se convierte así en una amenaza latente: «El ocio ya fue antes perdición de reyes y de felices ciudades» advertía el poeta de Verona⁶⁴. Y, en efecto, ya antes otras culturas se encontraron ante esa tesitura, sacrificando todo ese desarrollo en pro de la supervivencia:

Pero a esta primavera precoz y florida sucede un verano ingrato: los historiadores están más o menos de acuerdo en situar hacia el 550 un brusco estancamiento del desarrollo, hasta entonces regular, de Esparta (...). Todo esto

⁶⁴ Catulo, *Poesías* 51.15-16.

va acompañado de un empobrecimiento progresivo de la cultura: Esparta renuncia a las artes e incluso a los deportes atléticos, demasiado desinteresados, demasiado favorables al desarrollo de fuertes personalidades: ya no habrá más campeones laconios en los Juegos Olímpicos. Esparta se vuelve estrictamente militar; la ciudad se halla en manos de una casta cerrada de guerreros en permanente estado de movilización y crispados hacia una triple actitud impulsiva de defensa nacional, política y social.⁶⁵

El romano, durante todo el tiempo que dura su civilización (bien lo advertimos desde Catón) se ocupa y preocupa de remarcar en su literatura ese frágil e imposible equilibrio entre cultura y fuerza, entre *humanitas* y *feritas* (propia de lo romano aquella; esta, de lo bárbaro), y tanto una como otra pueden considerarse, en función de la época y el lugar, como *virtus*. Esa es la paradoja del romano para con el bárbaro. Debe repudiarlo y a la vez

imitarlo: en un mundo asediado en sus fronteras –cada vez más extensas y por eso mismo cada vez más inabarcables– por pueblos fieros y belicosos, los romanos adivinan en estas naciones las mismas cualidades gracias a las cuales antaño ellos dominaron a otros, pues hubo un tiempo en que los romanos eran los *agrestes*, los «rústicos» (recordemos a Cicerón y el *conventus agrestium* de arriba); eran ellos los que estaban pertrechados con la *feritas*, eran los *feri*, los «fieros», los inferiores culturalmente, los bárbaros para otros, hasta que, como una paradoja dentro de otra, esa *feritas* posibilitó en cierto modo el desarrollo de la *humanitas* merced al contacto con la gran potencia cultural del Mundo Antiguo. *Graecia capta ferum victorem cepit et artis / intulit agresti Latio*: «La Grecia conquistada conquistó a su fiero vencedor y las artes introdujo en el agreste Lacio»⁶⁶.

⁶⁵ MORRAU, *op. cit.*, pp. 37-38.

⁶⁶ Horacio, *Epístolas* 2.1.156-157.

